

# LOS CRONISTAS DE "LA VOZ,"

## Efemérides al vuelo

# El rey Felipe III en Guipúzcoa

**El realismo guipuzcoano. - Política de D. Felipe. - Asalto al tesoro de moros y cristianos. - Lerma, el ministro-ganzúa y cardenal, muere de pena. - Intrigas con su hijo, el duque de Uceda. - Éste vence á su padre, pero muere en un presidio. - D. Rodrigo en la horca. - La superstición del martes. - Funerales de D. Felipe en Vergara**

IV

Hablando de Felipe III:

«También se decidió á decretar la supresión de los fueros vascongados, aunque hubo de retirar la orden por temor á la actitud en que se colocó aquel país». (Compendio de la Historia de España).

MORENO ESPINOSA.

Hemos visto, á través de las tres anteriores crónicas, cómo los guipuzcoanos se portaron con su amado rey Felipe III, dándole hombres, armas, dinero y ofrendas de vasallaje verdaderamente indignas de su tradición republicana. Pueblos, villas, alcaldías, junteros, corregidores, diputados, hijosdalgo, gente del llano, militares como don Juan de Idiaguez, conde de Aramayona, duque de Ciudad Real y virrey de Navarra; sacerdotes, en fin, cuantos elementos representaban de una ú otra manera, desde Salinas á Fuenterrabía, al país vasco, auduvieron á la zaga del inepto soberano para que pudiera lucirse, con el ajeno esfuerzo, de la ceremonia de la entrega de la infanta.

Esta conducta de los guipuzcoanos para con Felipe III, se repite después con Felipe IV, en el mismo río Bidasoa, con la entrega de la infanta María Teresa para esposa de otro rey de Francia. Y, en formas muy diversas, los guipuzcoanos rinden á sus reyes sucesivos—lo mismo que á los antecesores—el homenaje de su vasallaje, mostrándose, á veces, más realistas que el rey. Si no supiéramos que nuestra unión á la Corona de Castilla se hizo por voluntad de la Provincia, podríamos pensar que fuimos siempre un pueblo nacido para lacayos de monarcas. Tal es nuestra actitud para con ellos. De «leales vasallos, de nobles vasallos» nos califican reyes tan idiotas como Felipe III y tan ineptos como Enrique IV, el impotente. Y así es: la gran potencia anímica del pueblo vasco, durante estos últimos setecientos años, parece destinada á engrandecer bellacos con corona que han de sancionar, en cualquier momento, la supresión de nuestros fueros, ó que han de obligarnos á pagar, con soldados, nuestro tributo á sus instintos imperialistas ó al plan de sus especulaciones financieras...

Pero, á un lado digresiones, tratemos de cerrar lo mejor posible la serie de estas crónicas, que ya el lector—si es que alguno las lee—está deseando de verlas concluidas.

«Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo que sepa regirlos», decía al morir Felipe II. El juicio es, como se ve, de indudable buena fuente. Don Francisco Quevedo y Villegas, que no fué, como se pensaba, un bufón de cortesano, sino un formidable crítico,—cuyas obras políticas merecerán siempre el leerse y consultarse—escribía: «Se hablaba de la vida de Felipe III con más lástima que de su muerte». Moreno Espinosa, ponderado profesor de historia, católico á marchamartillo, escribe: «Fué un rey inepto, más á propósito para habitar una celda que para sentarse en un trono». Y para que no falte ni siquiera el juicio más apocalíptico, reproduciremos

—«Buena cuenta daremos á Dios de nuestro gobierno!».

El «Piadoso» le llamaban, y a fe que lo fué, con Lerma, con Uceda y con don Rodrigo al principio, si bien es verdad que después le dió tormento y lo entregó a proceso, legando a su hijo Felipe IV la tarea de ahorcarlo. ¡«Piadoso» Felipe III!... Posible que lo fuera como hombre a no haber sido rey, según el juicio de algunos historiadores. Para mí, como para quien lea a través de las líneas, fué un rey regicida, en primer término, ya que alentó, instigó o fraguó el asesinato del magnífico rey Enrique IV, de Francia, pagando la mano alevé y criminal de Francisco Ravallac, a fin de concertar el doble enlace entre parientes, de que hemos hablado en estas crónicas.

Fué, además, un vulgar saltador del tesoro público y privado, morisco o católico. Tuvo por valido a Lerma, ministro-ganzúa, enriquecido a cuenta del tesoro nacional. Cobró dinero a los de Valladolid para llevar allí la residencia real desde Madrid, y cobró dinero de los de Madrid para volverla a trasladar a la villa y corte... Comió, pues, a dos carrillos. Felipe III expulsó de sus «moreñas» de Andalucía a los berberiscos para robarles sus caudales, quedándose Lerma con la friolera de 250.000 ducados plata. Enriqueció a parientes y amigos, y esto, como la expulsión de los moriscos, se hizo a nombre de la religión cristiana. Pero co-

mo el dinero no tiene patria, cuando se escurrió por entre las manos de los cortesanos los dineros robados a los moros, pensó el ministro, y lo aceptó el rey, en dar un asalto a las cajas de las Corporaciones religiosas y aun de las particulares. Su religión fué la del dinero. De todo ello hace una síntesis admirable la medida adoptada contra Lerma por Felipe IV y el conde de Olivares, obligándole a devolver al Estado, durante veinte años, 70.000 ducados de plata, producto de rapiñas y exacciones. Claro que ni Olivares ni Felipe IV devolvieron a moros o cristianos tal dinero; quedáronse con él, como es costumbre, que tan ladrones eran los unos como los otros...

Antes de morir Felipe III cayó en desgracia ante sus ojos su ministro favorito, el de Lerma. ¿Cayó por inmoral? ¿Por ladrón, acaso? No, señores, pues ya entonces podía decirse aquello del poeta moderno:

«Del pecho del ladrón cuelgan las cruces.»

Lo que ocurrió fué que un hijo de Lerma, el duque de Uceda, aquel que nos visitó en 1615, había emprendido en Palacio, contra su propio padre, una campaña de intrigas para arrancarle del carrizo del «piadoso» rey, hasta conseguirlo. El «Piadoso» echó a su ministro Lerma para suplirlo con el ministro Uceda, su hijo. ¡Cómo andarían en Palacio la moral y la decencia!

Un día en que se vieron padre e hijo, aquél se expresó así:

—«Yo me iré y vos os quedaréis con todo, y todo lo echaréis a perder.» (1)

Y mientras Lerma obtenía del Papa el Capelo cardenalicio, no tanto por sentimientos religiosos como por ver así reconquistaba el ya perdido favor del rey—su hijo, el duque de Uceda, proseguía el camino de su padre, despilfarrando dineros mal habidos.

Hasta que a Felipe III le llegó la hora de hacer su testamento. Entonces, Felipe IV, su sucesor, preparábase a cambiar los cómicos del escenario nacional y había de deslejar al privado de su padre, el duque de Uceda, para sustituirlo con Oli-

(1) Diálogo histórico.

vares. Este señor pudo darse el gusto de clavar en el de Uceda, antes de morir Felipe III, esta puñalada:

—«A esta hora, todo es mío.»

—¿Todo?—le preguntó el de Uceda.

—Todo, sin faltar nada». (2)

En efecto, muerto ya el rey Felipe IV, vino el de Olivares a exigir al de Lerma los caudales robados a la nación; murió de pena el ex ministro, pero su profecía para con su hijo se cumplió a las mil maravillas: «todo lo echaréis a perder», le había dicho, y Olivares prendió al de Uceda y lo metió en la cárcel de Alcalá de Henares, donde murió. En cuanto a don Rodrigo Calderón, que fué nuestro héroe en 1615, como caballero de Uceda, ya estaba, como hemos dicho, suelto a proceso y a tormento desde los tiempos de Felipe III, correspondiendo a su hijo la tarea de liquidarlo. Fué don Rodrigo un caballero altivo y valiente, acusado de supuestos crímenes que no se le probaron. No obstante, se le llevó a la horca, después de soportar mil tormentos, valerosamente y proclamando su inocencia con altivez digna del perdón. Véase, por curiosidad, la influencia del día martes—¡ojó, supersticiosos!— en el destino del altivo caballero: en martes salió para Valladolid; en martes le prendieron; en martes entró en la frontera de Monchantes; en martes le trasladaron al castillo de Santorcaz; en martes le llevaron preso a su casa; en martes le tomaron confesión; en martes le dieron tormento y en martes le leyeron la sentencia y le matieron en capilla...

Darán los supersticiosos que fué mal día, el del martes, para don Rodrigo Calderón; pues, con todo, no fué el peor. El peor fué el jueves, que es cuando le ahorcaron ignominiosa e injustamente. Y cuenta que el hombre dirigió tan altivamente hasta el patíbulo, que el público dió entonces en hacer el refrán de: «vestá usted o va usted con más orgullo que don Rodrigo en la horca».

Don Rodrigo Calderón es el único personaje que nos resulta simpático (de cuantos llegaron por estos pagos el año 1615).

En cuanto a Felipe III, el primer soberano que pensó en atentar contra nuestros fueros, debía recibir, aun muerto, el homenaje de los guipuzcoanos. ¡Y qué homenaje!

El 31 de Marzo de 1621 murió el rey y el 1 y 2 de Mayo del mismo año, la muy leal y muy noble provincia de Guipúzcoa realizó grandes honras fúnebres en la parroquia de San Pedro, de Vergara, con el mayor aparato y lucimiento. Además de los sacerdotes de dicha parroquia concurren los de la parroquia de Santa María, de la misma villa, y 80 sacerdotes pertenecientes a las parroquias de las villas y poblaciones de Guipúzcoa, la música y trompetas de Pamplona, haciendo cuerpo de honra y luto principal el coregidor de la provincia, licenciado Jerónimo Ribera, el capitán Santos de Zabaleta, alcalde de Vergara. Además de numerosos vecinos de la provincia, fueron militares, junteros, procuradores, críticos, escritores, lingües y locos lindos que entonces se congregaron en Vergara para proclamar, de paso, al rey Felipe IV, a quien sus leales vasallos ofrecieron su más absoluto vasallaje.

Así es como los guipuzcoanos pagaron las perversas intenciones de quien pensó en atentar contra sus libertades.



En presencia de tanta adulación y de tales renunciamientos a la propia dignidad, nada de extraño tiene no ya que nos queden los últimos vestigios del fuero, sino que nos azoten encima, por sumisos y por flojos.

E. BOZAS URRUTIA.

## LA SALVACIÓN

DE LA HUMANIDAD DOLIENTE

EL GRAN AUXILIAR DEL MÉDICO


El 90 por 100 de los enfermos crónicos sufren por mala nutrición

## LA CARNE LÍQUIDA

DEL DR VALDÉS GARCÍA, DE MONTEVIDEO

es un tónico nutritivo de fama mundial que proporciona eficaces resultados en la nutrición de los débiles y enfermos.

De venta en Farmacias y Centros de Específicos



(2) Diálogo histórico.